**Domingo XIX durante el año - Lc. 12, 32-48**

*“No temas pequeño rebaño,*

*porque el Padre ha querido darles el Reino”.*

Esta afirmación en boca de Jesús recoge con profunda ternura ecos del Antiguo Testamento, donde los profetas invitan a Israel a confiar en el Dios garante de su pueblo, que lo ha elegido no por ser el mejor ni el más grande, sino por pura gracia. Y lo que era promesa y espera, el Padre ya lo está realizando en Jesús: darnos el Reino. Desde esta clave podemos releer todo lo que sigue en este evangelio de hoy.

El Reino ya es un regalo, ya está presente en toda la vida que nos rodea, pero a la vez pide nuestra colaboración generosa para que pueda aflorar; para que la justicia que no está en muchas realidades siga viniendo como anhelo profundo de nuestros corazones y haciéndose gesto dignificador, palabra que levanta, mesa inclusiva; para que la paz tan dolorosamente resquebrajada pueda abrirse camino en cada intento por escucharnos, dialogar, ponernos en el lugar de quienes tenemos delante. Desde esta perspectiva es que se hace necesario orientar nuestro corazón desde la conciencia del tesoro recibido que nos mueve a compartir, a elegir en clave de nosotros y no desde la dinámica acaparadora del premio a alcanzar o merecer.

Sabemos que no es fácil en medio de lo que vivimos cotidianamente orientar nuestras opciones en clave de Reino, desde el amor que puede más que la violencia y desde la vida entregada que no espera sacar ventajas. Es por ello que se hace necesaria esta otra actitud que Jesús convierte en bienaventuranza: la capacidad de los vigías de permanecer despiertos; ser como aquellos que aún en la noche son capaces de mirar más lejos, de percibir los signos de la vida que despunta; aquellos capaces de cuidar de otros y de estar atentos para no perder el rumbo detrás de formas y consignas que aparecen como tesoros, pero que poco a poco nos deshumanizan.

Que podamos este domingo gustar de la alegría profunda-, esa que es un tesoro que nadie nos puede quitar, -de sabernos destinatarios de un regalo que no hay que conquistar ni merecer. Y que juntos nos ayudemos a estar vigilantes para percibir al Espíritu del Resucitado que no deja de obrar en la historia, impulsándonos desde dentro a abrir, con nuestras decisiones pequeñas y grandes, resquicios de oportunidad para entretejer, pacientemente, la trama de una vida más humana y fraterna.

*Carina Furlotti*